

ALGUNOS MEDICOS EN LA VIDA REVOLUCIONARIA DEL GENERALISIMO MAXIMO GOMEZ*

INTRODUCCION

Es bien sabida la participación notable de los médicos en nuestras guerras independentistas contra España, primero como conspiradores y después como activos miembros del Ejército Libertador, en el que no sólo integraron la sanidad militar, sino que actuaron en los combates como heroicos soldados, para llegar a obtener en muchas ocasiones los grados de general o morir luchando al frente de sus tropas, como en los casos de los generales de brigada Eduardo Agramonte y Piña, en la Guerra de los Diez Años y Juan Bruno Zayas Alfonso, en la de 1895 a 1898. También los médicos participaron en actividades políticas durante las dos guerras, ya como constituyentes, diputados a la Cámara de Representantes, secretarios o subsecretarios de despacho en los diferentes gobiernos de la República en Armas.

Por ello, como escribió el eminente cirujano e historiador doctor Benigno Souza Rodríguez:

... no se conformaron nuestros compañero con su misión, curando y operando con medios primitivos en el misterio de nuestras selvas por entre ciénagas y tremedales, bajo el fuego del enemigo, sino que actuaron en plena manigua revolucionaria como soldados de fila.¹

Nuestro Héroe Nacional José Martí calificaría la guerra que preparaba, como la "Revolución de los médicos", por la gran cooperación que los mismos prestaban a esta causa, y así se lo aseguró al doctor en medicina Martín, Marrero Rodríguez, médico de Jagüey Grande, después valiente coronel mambí y cuyas pala-

bras recogió Gonzalo de Quesada Miranda en su libro *Anecdotario martiano*:

Los médicos son los más apropiados, y por lo tanto, serán los mejores delegados. Sus pasos en ninguna hora, ni en ninguna parte llaman la atención; siempre son bien recibidos. Todos le deben algo: unos la vida, otro dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, esta será la revolución de los médicos.²

En el presente breve estudio, queremos señalar, en la larga y agitada vida revolucionaria del Generalísimo Máximo Gómez, uno de los más altos talentos militares que ha dado la humanidad, algunos de los médicos que de una u otra forma tuvieron relaciones con él, pues, si bien es cierto que por su saludable organismo y por su buena suerte en los combates, en muy contadas ocasiones necesitó de los servicios profesionales de estos, no fueron pocas las relaciones que mantuvo con profesionales de la medicina, ya como conspirador, como jefe militar o como relevante figura política de nuestras dos grandes guerras independentistas contra España.

GUERRA DE 1868 a 1878

Desde los comienzos de su temprana incorporación a la Revolución de Yara, iniciada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, el general Máximo Gómez entró en contacto con una de las figuras más polémicas, pero que no por ello dejó de ser de las más destacadas, en dicha larga y cruenta guerra independentista, el licenciado en medicina y cirugía Félix Figueredo Díaz.

Este médico, natural de Bayamo, graduado en la Universidad de Cádiz en 1859, ejerció su carrera en Jiguaní hasta su alzamiento en armas al comienzo de la guerra, en la que logró alcanzar el grado de general de brigada y ocupó la Jefatura de Sanidad del Listado de Oriente, así como la Subsecretaría de la Guerra, cartera que desempeñó interinamente durante el gobierno de Salvador Cisneros Betancourt. Fue máximo consejero de Donato Mármol, Thomas Jordán, Calixto García, Francisco Maceo Osorio, Salvador Cisneros Betancourt y Antonio Maceo. Fue médico del Estado Mayor de este último, y lo trató en muchas de sus heridas recibidas en combate: lo acompañó como importante colaborador, en la Protesta de Baraguá y en su viaje a Jamaica, después de ésta, en 1878.

En un principio las relaciones entre Máximo Gómez y Félix Figueredo fueron verdaderamente ásperas, al extremo de merecer el médico un duro calificativo del Generalísimo, cuando éste expuso a José Martí, muchos años después, en 1895, la actuación de Figueredo en la presunta dictadura de Donato Mármol. Sin embargo, al asumir el bravo dominicano la jefatura de la División de Cuba, por fallecimiento de Mármol, se interesó por la suerte de Félix Figueredo, que se encontraba entonces gravemente enfermo y mal alojado en una solitaria cueva, y le procuró una mejor atención que condujo a su total restablecimiento; desde entonces, se mantuvieron entre ellos las más cordiales relaciones, puestas de manifiesto en su numerosa correspondencia durante el resto de la guerra.³

Otro médico que mereció duros calificativos del Generalísimo pero con el que no llegó a reconciliarse nunca, lo fue el doctor José Enríquez Collado, jefe de sanidad del Primer Cuerpo del Ejército, quien se distinguió como hábil curador de heridas en los combates, pero que después de la división surgida en el Ejército Libertador por la actuación del general Vicente García contra el presidente Salvador Cisneros Betancourt, fue acusado, junto con el también médico Miguel Bravo Sentíes, de ser los asesores intelectuales del caudillo rebelde. El doctor Enríquez Collado llegó a figurar, a finales de la guerra, al frente de un titulado Gobierno Provisional con el nombramiento de Presidente del Cantón Independiente de Holguín,⁴ y terminó por presentarse con gran número de sus tropas a las autoridades españolas.⁵

Uno de los agentes revolucionarios en el extranjero con el que más contó el general Gómez, lo fue el licenciado en medicina y cirugía José Antonio Balmanya, natural de Trinidad, graduado en Madrid en 1852 e incorporado a la Universidad de La Habana al siguiente año. Conspirador muy activo en su villa natal, donde ejercía su profesión, tuvo que emigrar a Jamaica, desde donde mantuvo estrecha correspondencia con el General en Jefe, el cual le informaba de los éxitos alcanzados en la guerra y le daba instrucciones sobre tareas revolucionarias que debía realizar.⁶

Entre las figuras heroicas de la Guerra Grande, lo está indiscutiblemente el doctor en medicina y cirugía Antonio Lorenzo Luaces e Iraola, graduado en New York, París y Madrid, coronel en la guerra de Secesión norteamericana, en la que formó filas en las tropas del presidente Abraham Lincoln. Alcanzó el grado de coronel junto al Mayor Ignacio Agramonte, a quien curó de las heridas recibidas en el combate de "El Salado" y acompañó, entre otras muchas acciones, en el famoso rescate de Sanguily, para merecer de aquel, siempre parco en los elogios, que escribiera en la hoja de servicios del médico: "Valor a toda prueba".⁷

Caído en combate Agramonte y sustituido éste por Gómez, el doctor Lorenzo-Luaces continuó a las órdenes del luchador internacionalista. Entre ambos se estableció una estrecha amistad, que ponen de manifiesto estas palabras del general Gómez escritas en su Diario de campaña:

Muy pocos conocen al doctor Luaces como conocerlo puedo yo que es mi compañero de tienda, que es como mejor se conocen los hombres cuando su vida es íntima. Luaces, hombre profundamente honrado es de un delicadísimo trato, virtuoso hasta donde pueden serlo los hombres, de costumbres muy puras y con un corazón lleno de benevolencia y bondad, se capta la simpatía de todo el que como yo llegare a tratarlo. Es de muy buen juicio y bastante talento y sobre los conocimientos que puede tener de su profesión, como no soy voto en la materia no puedo formar opinión.⁸¹

En la acción de "La Sacra" donde los cubanos dirigidos por el general Gómez obtuvieron una gran victoria, cayó prisionero el jefe de la sanidad de las tropas españolas doctor Naranjo, el cual fue puesto por Gómez a disposición del doctor Luaces, quien trató con toda consideración al hispano y curó sus heridas lo que permitió que éste fuese puesto en libertad al día siguiente del combate, con los demás prisioneros. En el combate de "Palo Seco", donde Máximo Gómez se cubrió de gloria, fue hecho prisionero el comandante español Martitegui, al que se encontró papeles tan comprometedores como la derogación de la Ley de regulación de la guerra, por la cual se ordenaba al ejército hispano fusilar a los prisioneros cubanos. Sin embargo, el militar ibero fue defendido por el doctor Luaces en el juicio sumarísimo que se le siguió, y donde fue declarado absuelto, por lo que se le puso en libertad junto con los demás cautivos.

Estos antecedentes no impidieron que al caer prisionero en el combate de "La Crimea" el doctor Luaces. al ser muerto su caballo y quedar aprisionado bajo éste, el sanguinario brigadier español Ampudia decretara su muerte, a pesar de las gestiones realizadas por el médico militar doctor Naranjo, liberado en "La Sacra", otros oficiales españoles, el clero y el vecindario todo de Puerto Príncipe, su ciudad natal.

Fue sin embargo el doctor en medicina de la Universidad de La Habana, graduado en 1868, José S. Figueroa y Velis, jefe de la Sanidad del Estado Mayor del Ejército en Las Villas, a quien cupo

el honor de atender al general Gómez en la única herida de importancia recibida en las guerras por nuestra independencia. Al pasar, el inmortal guerrillero la Trocha de Morón y pisar tierra de Las Villas fue herido en la garganta por una bala española. Con un gesto muy típico del Generalísimo, éste exigió ser curado sobre el caballo para evitar el desaliento de la tropa, Fernando Figueredo ha descrito este hecho en su famoso libro La Revolución de Yara:

Figuroa, hábil doctor de la Universidad de La Habana —nos dice el historiador y coronel mambí— exploraba con la tintera y vendaba, no sin gran dificultad, la peligrosa herida.
“¿Cuándo sobrevendrá la inflamación?” —Preguntó el General refiriéndose a la que dilatándole la laringe habría terminado por asfixiarlo—, “no antes de veinte y cuatro horas”, contestó el doctor. “Es lo suficiente —agregó fatigosamente el herido— para instruir al General Sanguily de mi plan y que la obra de la invasión a Occidente no se detenga”.

En Las Villas, al oeste de Ciego de Avila, cerca del potrero "Jicotea", acampó la tropa cubana para tomar un descanso de cuarenta y ocho horas. Pero sobre todo, relata Fernando Figueredo,

se atendió a la curación de la herida, que con el sistema hidropático, único que se usaba aún en los casos más graves y complicados, se logró no sólo alejar la inflamación o contrarrestar al menos sus funestas consecuencias, sino que el herido se encontraba con ánimo de marchar al día siguiente por la mañana.⁹

El doctor Figueredo Velis tuvo una actuación muy intensa durante la Guerra de los Diez Años, a la que se incorporó desde los primeros momentos; sobresalió en su atención a los heridos enfermos en los diferentes campamentos y actuó también como militar de gran valentía. El día 8 de marzo de 1877 murió heroicamente en el combate de “San Miguel” en Las Villas.¹⁰

Como médico de su Estado Mayor contó Gómez también en la Gran Guerra con el licenciado en medicina y cirugía de la Universidad de Madrid Gaspar Cisneros Betancourt, hijo de Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía. También estuvo en el Estado Mayor del gran soldado el entonces bachiller en medi-

cina de la Universidad da La Habana, José Miguel Párraga y Fernández, quien demostró gran habilidad como cirujano de guerra. Poco antes del Zanjón, Párraga cayó prisionero de los españoles, pero calvó la vida por el cambio de política de la época. Más tarde se graduó de licenciado en Barcelona y permaneció en la emigración como un activo revolucionario. Llegó a ser un eficaz colaborador de José Martí, hasta su muerte ocurrida en Brooklyn, Estados Unidos, el 19 de septiembre de 1892."

La ejemplar esposa del General en Jefe, Bernarda del Toro y Pelegrín, "Manana", que lo acompañó en la manigua, donde perdió /sus dos primeros hijos, ejerció con singular destreza las labores de enfermería. Dejó constancia de ello el teniente coronel Ramón Roa Gali al escribir:

Una vez en un punto denominado "El Acuedor", Camagüey, se reunieron en una misma morada Mañana de Gómez y María de Maceo, allí de orden del General, fui a reponer mi salud muy quebrantada. No había medicinas, y además los recursos eran necesariamente escasos, pero allí me curé. Allí no se sentía enfermo el más inválido, que los cuidados exquisitos y las atenciones maternas, por así decirlo, eran la bendita panacea que nos consolaba y encendía nuestro patriotismo.¹²

Cuando llegaron los dolorosos momentos del Pacto del Zanjón, con el que cerraba el bravo libertador sus diez primeros años de lucha por nuestra independencia, estuvo junto a él, en aquel difícil trance, el coronel y doctor en cirugía dental del Colegio de Filadelfia, Enrique Canals e Infante, que había sido ayudante, durante la guerra, del general Vicente García y que años después, en 1884, colaboraría con Máximo Gómez en sus empeños de encender nuevamente la guerra independentista en nuestro país.¹³

PERIODO ENTRE GUERRAS (1879-1894)

Durante esta etapa conocida como de "paz turbulenta" pues en ningún momento dejaron los cubanos de conspirar o de realizar intentos fallidos de levantamientos en armas por la independencia, contaron los generales Gómez y Maceo, quizá como su más importante colaborador y consejero, con el doctor Eusebio Hernández Pérez, una de las figuras más notables de la medicina cubana.

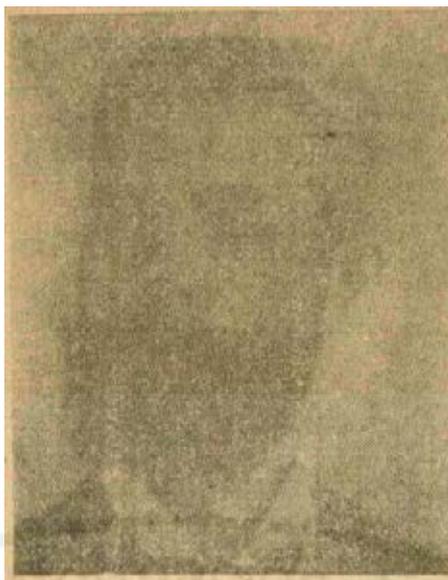


Figura 10. *Dr. Eusebio Hernández Pérez (1853-1933). General de Brigada del Ejército Libertador de Cuba y médico eminente. Amigo entrañable y fiel colaborador del Generalísimo Máximo Gómez.*

Establecidos los dos gloriosos generales en Honduras, gestionan y logran el ingreso del doctor Hernández en el país, y éste es nombrado director de un hospital en Tegucigalpa y profesor de Física Médica de la Universidad Nacional. Por decisión de los dos jefes militares, Eusebio Hernández actuó como coordinador político del grupo de emigrados cubanos.

En esas funciones el destacado médico, se recibe desde San Pedro Sula aviso da Tegucigalpa de que el general Gómez se encuentra gravemente enfermo. El general Maceo decide que el doctor Hernández se traslade a dicha población y asista al ilustre guerrero, y logra el propio dirigente revolucionario que el presidente Luis Bográn, gran amigo de los cubanos, vise por telégrafo a distintos lugares del camino para que le sitúen mulas frescas

al médico. El propio doctor Hernández ha dejado escrita esta difícil travesía y su feliz resultado:

... el general Gómez estaba grave con pulmonía en San Pedro Sula, a 90 leguas hondureñas, en gran parte parecidas a las cuchillas de Baracoa, por donde no pasan más que los pájaros y las mulas amaestradas de aquella república.

Tomé una mula en la capital, por telégrafo se anunció por orden del presidente a todas las estaciones mi salida, para que se me tuvieran preparadas mulas de repuestos. Mis jornadas fueron de 30 leguas por días, descansaba una hora y marchaba de día y de noche. A los tres días tuvieron que desmontarme en la morada del general Gómez. Nadie había hecho un viaje tan rápido en la república de Honduras en donde se tenía altísima idea de nuestra honorabilidad, de nuestra independencia de carácter, de nuestro patriotismo y valor y ahora de nuestra resistencia física y de la energía de nuestra voluntad. El general Gómez se curó y en su morada nos reunimos Maceo, él y yo.¹⁴

Unos años después, hallándose el doctor Hernández en París, donde había completado su extraordinaria preparación científica, fue informado de la constitución en 1892, del Partido Revolucionario Cubano. A causa de ello, escribió a Gómez, con el propósito de conocer su opinión e informarle de sus actividades revolucionarias.

Desde Santo Domingo le responde el general Gómez:

Con mucho gusto me he enterado de todos sus conceptos, y me place sobremanera, por cuanto me siento fuertemente interesado en los asuntos cubanos, que usted y Juan Fraga estuviesen iniciados en los trabajos que hoy por hoy, y, a juzgar por las apariencias, con tan buen éxito va llevando a cabo José Martí, revestido de buenos poderes para tal empresa por la mayoría de los cubanos.

Paréceme a mí que si hombres como usted se pusiese al lado de Martí en estos momentos, quizás se pudiese llevar más pronto a feliz término la obra emprendida. Cuba puede contar con mis servicios a la hora que los necesite, y recordé

una patriótica frase de usted cuando juntos nos fatigábamos en igual deseo de caer en Cuba (en 1884). Decía usted entonces: "Yo soy soldado sin condiciones". Eso he dicho yo ahora a José Martí.¹⁵

GUERRA DE 1895 a 1898

Iniciada nuevamente la guerra independentista el 24 de febrero de 1895, un mes y medio después, el 11 de abril, desembarcaban en "Playitas" José Martí y Máximo Gómez, acompañados solamente de otros cuatro valientes cubanos.

Después de varios intentos fallidos, entre ellos el naufragio del Hawkins, logró al fin llegar a Cuba el doctor Eusebio Hernández en la expedición del Bermudas, bajo la dirección del mayor general Calixto García, el 24 de marzo de 1896, y dos meses después se reunía con el Generalísimo en su cuartel general de "La Reforma", Sancti Spíritus. El general Bernabé Boza, escribió ese día en su Diario de campaña: "Llegó el doctor Eusebio Hernández a quien el General en jefe recibió con grandes demostraciones de cariño y le incorporó a su Cuartel General".¹⁶

Pocos días después, aquellos libertadores entraban en combate, nada menos que en la famosa batalla de "Saratoga". A su esposa, radicada en Nueva York, escribiría más tarde el médico ilustre sus vivencias de este suceso histórico:

A la mañana siguiente avanzamos de nuevo. Gómez con sólo el Estado Mayor se acercó tanto a la línea de fuego del enemigo, que estaba silencioso, que nos rompieron el fuego a muy corta distancia, ellos en sus trincheras y nosotros a pecho descubierto.

El General mandó al escolta y dos regimientos a cargar, y lo hicieron como leones. ¡Yo creí que el General moría! En ausencia del médico que estaba con los heridos del día anterior, me mandó a curar los de esa mañana, y al retirarme, seguido de los sanitarios, fui perseguido por una lluvia de balas, de más de 1,500 metros. Eso es peligroso, porque además de hacerlo en un potrero llano como la palma de la mano, he observado que el mauser hace más daño a distancia que cerca.

Esa mañana curé 21 heridos; no hubo muertos.

A las doce volví al campo de batalla, sólo a incorporarme al General; en ese momento avanzaron con arrojo los españoles, haciéndonos un fue- qn terrible, hubo 9 heridos, y el General me intranquilizaba, porque estaba rodeado de balas. Me ordenó volver a curar heridos (los del momento) v volví a ser perseguido por una lluvia de fuego.

Esa tarde curé 11 heridos más; hubo un muerto sobre el campo de batalla. Volví al lado del General, que me mandó llamar después que curé los heridos y permanecí con él hasta que cesó el fuego. Un combate como éste es terrible; pero creo que tiene mucho de hermoso el espectáculo, cuando el fuego es cerca y nutrido.

Te escribí anteayer bajo la impresión de la victoria alcanzada contra el enemigo más de cuatro veces superior en número, armas y municiones, pero olvidé decirte, y no has de creer que te lo cuento por vanidad, que me hirieron el caballo a media vara o vara de distancia del General Gómez.

El General Gómez, como te he dicho es un león, y yo lo siento, porque lo vamos a perder, y nos hace mucha falta.¹⁷

El doctor Hernández ocupó después el cargo de Subsecretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Salvador Cisneros Betancourt. Fue también delegado á la Asamblea Constituyente de la Yaya, y terminó la guerra con el grado de general de brigada. En la paz fue eminente catedrático de obstetricia, durante treinta y tres años en la Universidad^ La Habana, académico de número de las Academias de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y de la de Historia de Cuba, y candidato a la vicepresidencia de la República junto al mayor general Bartolomé Masó Márquez. Recibió con alborozo el triunfo de la Revolución de Octubre en la Rusia zarista, formó parte de la Asociación de Amigos de Rusia, apoyó a Julio Antonio Mella, quien lo llamó Maestro, en la reforma universitaria de 1923 La última actividad pública de Eusebio Hernández, dos meses antes de su muerte, ocurrida el 23 de noviembre de 1933, fue velar las cenizas del inmortal líder estudiantil en la Liga Antimperialista.

El licenciado en Medicina y cirugía Fermín Valdés-Domínguez y Quintanó, graduado en la Universidad de Zaragoza el 26 de noviembre de 1875, compañero y reivindicador ante la historia da los estudiantes del primer año de medicina fusilados en La Habana por las turbas de voluntarios españoles el 27 de noviembre de

1871, amigo entrañable y compañero de luchas de José Martí a lo largo en toda su vida, rué jefe de despacho del Cuartel General del generalísimo, y las citas sobre este son tantas en su Diario de soldado, que con ellas y con las que aparecen sobre Calixto García y Salvador Cisneros Betancourt, ha publicado el investigador histórico Hiram Dupotey Fideaux un libro de más de ciento sesenta paginas.¹⁸

Valdés-Domínguez, durante la guerra, asistió como delegado a la Asamblea Constituyente de Jimaguayú, fue médico de los mayores generales Carlos Roloff y José Maceo, ocupó los cargos de Subsecretario de Relaciones Exteriores y coronel jefe de la Sanidad Militar del Primer Cuerpo de Ejército en Oriente. También organizó los cuerpos de sanidad de varias brigadas y participó en la gloriosa invasión de Occidente.

Al paso por Melena del Sur de la columna invasora mandada por Gómez y Maceo, se incorpora a ella, el 3 de enero de 1896, el doctor en medicina Gustavo Pérez Abreu, graduado en la Universidad de La Habana el 24 de junio de 1896. Pocos días después, tras separarse los dos gloriosos generales mambises, el doctor Pérez Abreu marcha junto a Gómez, para acompañarlo como médico de su Estado Mayor hasta casi el final de la contienda.

Un desagradable incidente surgido entre el doctor Pérez Abreu y el jefe de la Sanidad Militar del Ejército Libertador, general de brigada Eugenio Sánchez Agramonte, hace que el primero presente su renuncia como médico del General en Jefe, lo que provoca una interesante carta de éste, en la que se lee el aprecio que sentía Gómez por Pérez Abreu y en la que se expone además una poco favorable opinión sobre el cuerpo de sanidad:

Doctor: He leído con pena la renuncia que usted hace del destino de médico a mi lado, y con cuánta razón lo siento, porque las causas que me privan de sus servicios y de su compañía, aunque nos la creo de importancia, y sin embargo bien hubiera querido evitarlas.

No creo que el jefe de Sanidad, Dr. Eugenio Sánchez, halla tenido intención preconcebida de lastimarlo a usted, ni nadie es capaz de considerarle así, con las palabras que ayer se cruzaron entre ustedes dos, y más bien habrá que considerar aquel sencillo incidente como una mala inteligencia sobre un asunto de poca monta, entre dos hombres dignos y honrados, que gozan de mi consideración oficial y de mi respeto personal. No quiero ocuparme de su renuncia, pero si usted

Insiste tendré que atenderla, pero al quedarme sin usted me quedaré con el curandero de Holguín, pues no sé a cuál de los médicos puedo traer a mi lado, porque sin querer ofender a ninguno, ya usted sabe cómo anda el Cuerpo de Sanidad Militar, a pesar de haber tantos médicos en la Revolución, y dadas las condiciones de mi natural intolerancia, (lo conozco) a fuerza de ver tantas faltas cometidas, siento mucha desconfianza en los médicos, como antes tenía inclinación y disposición a colocarlos a la altura que creía les corresponde.

Piense y ayude a pensar a su General.

M. Gómez.¹⁹

El doctor Pérez Abreu sería testigo de varios momentos de gran peligro de muerte para el Generalísimo. -De ellos dejaría escrito:

El 13 de enero de 1896 al atacar el pueblo de Bejucal, guerrilleros apostados en una de las casas de la población hacen fuego sobre el Estado Mayor, siendo herido en un brazo el práctico que estaba a su lado. Al siguiente día, 14 de enero, en un combate en la jurisdicción de San Antonio de los Baños, lo hieren leve en una pierna. En distintas acciones le matan el caballo. Tal parece que la muerte le acechaba. La emoción más intensa que experimentamos jefes y oficiales que le seguíamos, lo fue el 9 de marzo de 1897, en el combate de Santa Teresa (...) el General, machete en alto inicia el avance a la vez que descargas cerradas detienen su empuje, cayendo súbitamente jinete y caballo a tierra y quedando el General aprisionado por el animal inmóvil. Los más inmediatos se desmontan, lo sacan debajo del caballo que lo comprime e irguiéndose reclama el machete que en la caída se le escapó de la mano. El muerto lo fue el caballo. El regocijo, por supuesto fue intenso.²⁰

Muchos años después, en 1952, el coronel Pérez Abreu publicaría en La Habana un tomo de más de cuatrocientas páginas, bajo el título de *En la guerra con Máximo Gómez*. El texto incluía su



Figura 11. Dr. Gustavo Pérez Abreu. Coronel del Ejército Libertador de Cuba y médico del Generalísimo Máximo Gómez en la Guerra de 1895-1898.

diario de campaña y treinta trabajos relacionados con el Generalísimo.

Numerosos fueron los médicos que actuaron bajo las órdenes directas del General en jefe en la última de nuestras guerras por la independencia contra España, pero no queremos dejar de anotar al doctor Juan Bruno Zayas Alfonso, quién actuó a su lado, más que como médico como brillante soldado, y que murió en combate con el grado de general de brigada; al doctor Eugenio Sánchez Agramante, también general de brigada y jefe de la Sanidad Militar del ejército mambí; al doctor Lucas Alvarez Cerice, coronel, y al doctor Sebastián Cuervo Serrano, comandante, todos miembros del Estado Mayor de Máximo Gómez en distintas épocas.

El 10 de enero de 1896 acampó el general Gómez en el ingenio azucarero "Mi Rosa", situado a unos cuatro kilómetros del pueblo de Quivicán en la provincia de La Habana. Allí ocupó, no la lujosa residencia del dueño, sino la modesta de su administrador, eficaz colaborador de los mambises, cuyos valiosos servicios le costarían la deportación a Chafarinas. En "Mi Rosa", el Generalísimo conoce al hijo del administrador, entonces un joven estudiante de medicina y que llegaría a ser un eminente cirujano y notable historiador: Benigno Souza Rodríguez.

El doctor Souza dedicaría muchos años de su vida al estudio de las campañas guerreras y la vida del General en Jefe que quedaría recogido en sus valiosos libros, clásicos de nuestra historiografía: *Máximo Gómez y las invasiones del 75 y el 95* (1932), *Máximo Gómez, el Generalísimo* (1936) y *Ensayo histórico sobre la invasión* [1948], además de decenas de artículos aparecidos; en la prensa nacional y numerosas conferencias impartidas en diferentes instituciones. Souza destacaría, entre otras muchas genialidades militares de Gómez, la utilización por éste del factor epidemiológico como eficaz aliado del Ejército Libertador, y que se sintetiza en esta frase del glorioso jefe de los mambises: "¿Mis tres mejores geniales? junio, julio y agosto".²¹

La muerte de Máximo Gómez, ocurrida el 17 de junio de 1905, le privó de la alegría de ver graduado de doctor en medicina en la Universidad de La Habana, el 12 de octubre de 1909, al séptimo de sus hijos, Bernardo Gómez Toro.

El doctor Gómez Toro, especializado en pediatría, fue muchos años jefe de clínica del Hospital Municipal "General Freyre de Andrade" y director de la Comisión del Archivo de Máximo Gómez, la que publicó en 1940 el *Diario de campaña del Generalísimo*. Falleció a los ochenta y tres años de edad, en La Habana, el 3 de octubre de 1967.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- 1 Souza **Rodríguez, Benigno**: Los médicos en las guerras por la independencia. *Tribuna Médica*. Organó Oficial del Colegio Médico Nacional 18(212): 56-61. La Habana. 1945.
- 2 **Ouesada Miranda, Gonzalo**: *Anecdotario martiano. Nuevas facetas de Martí*. Ed. Patria. Lia Habana, 1948.
- 3 **Figueredo Díaz, Félix**: La guerra de Cuba en 1878. Cuadernos de Historia de la Salud Pública No. 56, La Habana, 1973.
- 4 **Gómez Báez, Máximo**: "Relato de los últimos sucesos de Cuba". 1878. Copiado por Enrique Ubieta en *Efemérides cubanas*. La Moderna Poesía, La Habana, 1920. Tomo I. p. 246.
- 5 **Ubieta, Enrique**: *Efemérides de la Revolución Cubana*. Imp. La Moderna Poesía. La Habana, 1920. Tomo I, p. 274.
- 6 **Gómez Báez, Máximo**: *Diario de Campaña*. Ceiba del Agua. La Habana, 1940, pp. 503-504.
- 7 **Roa, Ramón**: *Con la pluma y el machete*. Acad Hist Cuba. La Habana, 1950. Tomo I, p. 332.
- 8 **Roa, Ramón**: Idem, p. 189.
- 9 **Figueredo Socarrás, Fernando**: *La Revolución de Yara*. Imp. M. Pulido y Cía. Habana, 1902, p. 81.
- 10 **Ubieta, Enrique**: Obra citada en nota 5. Tomo II, p. 67.
- 11 **Rodríguez Expósito, C.**: Índice de médicos, dentistas, farmacéuticos y estudiantes en la Guerra de los Diez Años. Cuadernos de Historia de la Salud Pública No. 40, La Habana, 1968, p. 428.
- 12 **Roa, Ramón**: Obra citada en nota 7. Tomo II, p. 286.
- 13 **Gómez Báez, Máximo**: Obra citada en nota 6, p. 138 y 184.
- 14 **Hernández Pérez, Eusebio**: "El período revolucionario de 1879 a 1895". En: *Maceo. Dos Conferencias históricas*. Instituto del Libro. La Habana, 1968. p. 135.
- 15 **Cepeda, R.**: *La vida agónica de Eusebio Hernández, general y doctor*. Museo de la Ciudad de La Habana, La Habana, pp. 34-35.
- 16 **Boza, Bernabé**: *Mi diario de la guerra*. Ed. Ciencias Sociales. La Habana, 1974, Tomo I, p. 222.
- 17 **Cepeda, R.**: Obra citada en nota 15, pp. 38-39.
- 18 **Dupotey, H.**: *Gómez, Calixto y el Marqués en el Diario de Valdés-Domínguez*. La Habana, Imp. Universidad de La Habana, 1972.
- 19 **Pérez Abreu, Gustavo**: *En la guerra con Máximo Gómez*. La Habana s/e, 1951, p. 121.
- 20 **Pérez Abreu, G.**: "Muere el Generalísimo". *En la guerra con Máximo Gómez*. La Habana, 1925, pp. 335-337.
- 21 **Souza, B.**: *Máximo Gómez, el Generalísimo*. Instituto Cubano del Libro. La Habana, 1972, p. 210.